

Padre tenía en su compañía, llamado Cristiano Sinemeai, viendo el estrago que aquellas fieras hacían en los Padres, encendido en cólera y celo, queriendo volver por su causa y ver si podía juntamente defender su vida y á sus Padres; al tiempo que los enemigos andaban tan furiosos, tomó su arco y flechas, y guardando las espaldas con un pilar de la casa, á que se había arimado, comenzó á disparar flechas con tan grande coraje, que mató á cinco de los contrarios, sin dejarlos llegar más á los cuerpos muertos, y se tuvo por cosa de milagro el poder escapar con vida. Y preguntado despues cómo pudo salir libre y sin recibir daño, respondió que le habían temido como le habían visto tan animoso y restado; mas Dios le guardó para que no pasase adelante el ultraje de aquellos impíos contra los santos cuerpos. Este indio perseveró allí hasta el domingo en la noche, que se retiraron los agresores de la maldad.

Corrió la nueva de la muerte de los Padres con gran velocidad al pueblo de los chinipas, y fué grande el sentimiento que tuvieron de la muerte de los que tanto amaban, y de que fué buena demostracion lo que en esta ocasion hicieron, que ya que no tenían á sus Padres vivos, los fueron á buscar muertos, y tomando una tropa de ellos sus arcos y flechas, con riesgos de sus vidas, se partieron al pueblo de los varohios, que hallaron ya algo desembarazado, que, como se dijo, muertos los Padres habían pasado al de los guazaparis á hacer el mismo destrozo en la iglesia.

Hallaron los chinipas los cuerpos de los benditos Padres en aquella plaza, delante de la casa abrasada, tendidos en el suelo, y fué mucho aquella noche pasada no haber sido comidos de los muchos perros que usan criar los indios; recogieronlos, y cargaron con ellos á su pueblo; y, como no había ministro que los enterrara, los buenos chinipas hicieron junto al altar mayor de su iglesia dos fosas profundas, y en cada una de ellas pusieron cuatro tablones á manera de cajas, donde los depositaron y cubrieron con esteras de las que ellos usan, quedando con grande sentimiento de la pérdida de tales Padres.

El P. Márcos Gomez, que cuidaba de la doctrina de los conicaris, pueblo distante de Chinipa diez y seis leguas, tuvo despues noticia del caso, y considerando que el pueblo de chinipas, como estaba destituido de Padre, y por otra parte, muy á riesgo de rebatos que diesen en él los rebelados; determinó sacar los benditos cuerpos de este pueblo y pasarlos al de Conicari; ejecutólo, aunque con nuevo sentimiento de los chinipas, que estaban contentos con las prendas que tenían.

Con este ilustre martirio pasó de esta vida á la gloria el P. Julio Pascual, á quien muchos se han encomendado considerándole en alto grado de gloria.

El P. Juan Castelvi, su compañero, afirmó haber experimentado ayuda y favores, que desde el cielo había recibido de este fiel compañero despues de su dichoso tránsito. Y aun en vida todos los que le comunicaban y trataban, le veneraban como á santo varon; y el apellido con que ordinariamente le nombraban, era el santo P. Julio.

Su dichosa muerte fué á primero de febrero de mil y seiscientos y treinta y dos años, siendo de edad de cuarenta y dos, y veinte y dos de Compañía. Y así será bien pasar á contar la vida y excelentes virtudes del P. Manuel Martinez, su compañero. Escribió el martirio de este santo mártir el P. Andrés Perez de la Compañía, en la *Historia de las misiones de Cinaloa*, lib. 4.º, desde el cap. IX. Y Juan Bautista Rho en su *Varia Historia*, lib. 6.º, cap. v, le celebra y concluye diciendo: *Eius sanguine concretam glebam Romae osculati sumus multo nobis chariorem, quam si auro imbuta fuisset. Et quo non auro ditior fortissimorum virorum sanguis, quo gentibus fides, ipsis vero emitur beatitudo?*

P. NIEREMBERG.

P. MANUEL MARTINEZ

FUÉ este insigne mártir portugués de nacion y natural de la ciudad de Tabira en el Algarbe. Su padre se llamaba Jorge Martinez, y su madre María Farela, del linaje de los Bullones y de la sangre del glorioso S. Antonio de Pádua.

Nació cerca del año de 1600, estudió en su patria las primeras letras, pasó siendo seglar á la Nueva España el año de mil y seiscientos y diez y nueve al amparo de un tio suyo, que estaba en la ciudad de los Angeles, donde en nuestras escuelas, y con muy buen ejemplo de virtud se perfeccionó en la Gramática.

Él era de gentil disposicion, por la cual en este tiempo padeció terribles asaltos, por medio de los cuales pretendió el enemigo de la castidad robársela; pero libróle nuestro Señor por medio la Santísima Virgen y Madre de pureza, de quien era devotísimo, y más se esmeró despues.

Al fin de sus estudios de Gramática, pretendió la Compañía, donde por sus buenas prendas fué recibido el año de 620. En su noviciado se ejercitó

con mucho fervor en todas las virtudes, que en ese tiempo se profesan. Acabado su noviciado pasó á los estudios mayores á nuestro colegio de Méjico, y en ellos aprovechó con la satisfaccion que se pide en la Compañía, aunque en ese tiempo le sobrevino una enfermedad tan grave, que le puso muy á punto de perder la vida. Pero, como Dios le tenia preservado para otra más gloriosa ocasion en que la habia de dar por su amor, le libró de aquel peligro; pero sirvióle para mayores y más fervorosos progresos en la virtud.

Fué muy observante de sus reglas y tan diligente de su guarda, por los doce años que fué religioso de la Compañía, que le habia notado el que tiene oficio de dar luz para levantarse á la oracion de la mañana, que ya él estaba vestido y levantado cuando llegaba á dársela; porque para él bastaba el primer golpe de la campana, y á esta puntualidad no faltaba si no fuese por enfermedad, y algunas veces lo hallaban ya en oracion anticipada á la de la comunidad.

Sus penitencias fueron muy continuas y rigurosas. Los más de los dias se disciplinaba con tanto rigor, que dejaba rociadas las paredes con su sangre, usando á veces de ramales de cadenillas en la disciplina, por no ser sentido. A esto añadía cilicios, dormir en tablas, abstinencias y mortificaciones.

Antes de ordenarse comulgaba dos veces cada semana, y era singular su afecto y devocion con el soberano Sacramento del altar, gastando muchas horas en su divina presencia.

De la Reina de los Angeles fué devotísimo, en rezarle su Rosario muy afectuoso, y en prenda de su afecto lo habia de traer como precioso joyel al cuello debajo de la sotana. Rezaba demás de esto el oficio de su Purísima Concepcion. Los sábados y vísperas de sus fiestas habian de salir con disciplina pública al refectorio, y ocuparse en la cocina en fregar los platos: ejercicios en que nunca faltó los doce años que estuvo en la Religion.

Acabados sus estudios pasó al colegio de Tepotzotlan á su tercero año de probacion. En ella fueron singulares los ejemplos de virtud y fervor que pegaba á sus compañeros, los favores, auxilios y mercedes que recibia de la mano de Dios, que le iba previniendo para la muerte que le esperaba en Cinaloa, y de ella parece tuvo muchos prenuncios este señalado siervo de Dios. El cual, cuando, conforme á su Regla, comunicaba con el Superior las cosas de su alma, y llegaba á tratar de los santos deseos que Dios le daba de verse empleado en las misiones de los indios, se echaba de ver que hablaba de esta materia con tal ternura y afecto, que le saltaban á los ojos las lágrimas de devocion.

Al fin de esta tercera probacion le llegó orden de la santa obediencia para que fuese á la provincia de Cinaloa y mision que en ella se le señalase; nue-

va que él recibió como alegre y dichosa. Y cuando ya se despachaba para su viaje, despidiéndose de personas devotas en el pueblo de Tepotzotlan, expresamente y con gran resolucion les dijo, que él iba á morir por la predicacion del Evangelio; y á una que le rogó le avisase á menudo de su salud, le respondió: «Será imposible hacer eso, porque le hago saber á Vm. que las primeras nuevas que tendrá de mí, serán que me han muerto por Cristo,» á que iba con mucha alegría y con ella hizo su viaje.

Llegado á nuestro colegio de Cinaloa en tiempo y ocasion que el santo P. Julio Pascual pasaba con inmensos trabajos y soledad en partido por una parte dilatado y de muchas lenguas, y por otra apartado y distante de los demas sus hermanos, y cuidando de gente, cuya doctrina pedía un fervor y celo santo del bien de las almas, cual era el que llevaba el operario que de nuevo llegaba; le señalaron por compañero del P. Julio, asignacion y suerte que el P. Manuel aceptó con muy grande voluntad, y como si se la enviaran del cielo; y á la verdad de allá venia guiada.

Partióse luego de la villa de Cinaloa para su mision, y llegó á los pueblos de Tegueco, que estaban en el camino: allí concurrieron algunos otros Padres de diferentes partidos con deseo de saludar al nuevo compañero, que Dios les enviaba. Que como estos Padres viven en tierra tan apartada, y en uno como destierro de la provincia tan escondido; cuando allá llega alguno de sus hermanos de Méjico, les parece viene de otro mundo; y el comunicarlo y consolarse con el nuevo compañero lo tienen por dia de alegría y Pascua.

Aquí sucedieron casos, que con razon repararon algunos de los Padres de esta santa junta, y repetian por singulares; porque parecia que con ellos anunciaba Dios el suceso dichoso y cercano de la feliz muerte que se le llegaba á este su siervo. Porque un Padre de los que allí se hallaron, misionero antiguo y santo, llamado Vicente del Aguila, dando la bienvenida al P. Manuel, parece que con impulso del cielo le besó la ropa con particular reverencia, diciendo que hacia aquello porque le veia señalado para una mision grande, difícil y peligrosa: y casi con la misma reverencia le saludó tambien el P. Pedro Zambrano, misionero antiguo, el cual afirmó, que tenia varios impulsos interiores de echarse á los pies del P. Manuel Martinez y besárselos; porque le parecia que el P. Manuel habia de morir presto y derramar su sangre por Cristo.

Aunque las pláticas de la difícil empresa que le anunciaban al misionero novel, le pudieran entristecer algo y acobardar; pero, como nuestro Señor le tenia tan prevenido con deseos santos de servirle y ofrecer su vida por Él, lo que respondia era, que se consolaba de entrar á puesto y mision donde habia trabajos y peligros que pasar por Cristo, y confiado en él, no le espanta-

ban. Y á un Padre confidente suyo, ántes de saberse el compañero que le habia de caber en las misiones, dijo estas palabras: «Muchos años há que está en las misiones el P. Julio Pascual sin alcanzar la corona del martirio, que tanto ha deseado. Lo cierto es que hasta que yo vaya, no se le han de cumplir sus deseos.»

Casos todos con que parecia iba nuestro Señor preparando el ánimo de este su siervo para la muerte que le esperaba: á que se añadió, que habiendo partido de Tegueco y caminado al puesto señalado, recibió carta del bendito P. Julio Pascual, en que con vislumbres de lo que habia de suceder le escribió entre otras llenas de caridad y consuelo, del compañero que le llegaba estas palabras, que recibió cuatro días ántes de su llegada al partido: «Venga V. R. mi Padre, á ser compañero mio y mi consuelo para que por ahora, seamos compañeros en esta mision, hasta que Dios quiera lo seamos juntos en la bienaventuranza.»

Con esta carta se afervorizó más el ánimo del P. Manuel, y se le aumentaron los consuelos, de que le hubiera cabido en suerte compañero tan apostólico, como habia entendido era el P. Julio; y aún entendiendo que andaban algunos rumores de inquietud de aquellas gentes fieras, con grande ánimo prosiguió su camino y llegó al pueblo de Chinipa, donde fué recibido con grandes muestras de fiestas y de alegría.

Habiendo descansado tres ó cuatro días en Chinipa, se partiéron al pueblo de Varohios, donde les tenia Dios preparada la corona, para la cual se halló con tan generoso ánimo el bendito P. Manuel, que él fué el que, cuando llegaba la hora de ofrecer su vida por Cristo, dijo con grande fervor de ánimo: «No muramos aquí como tristes ni cobardes.» Y, aunque veia que en saliendo de la casa habia de venir á parar á las manos de aquellas fieras, salió juntamente con el santo compañero Julio Pascual; y, puesto de rodillas á su lado, recibió los millares de flechas que sobre él llovian, y las demas crueldades que ejecutaron aquellos bárbaros en sus santos cuerpos, igualando Dios en el triunfo á estos dichosos compañeros, y dando por recibidos los trabajos que deseó padecer el nuevo misionero P. Manuel Martinez, cuyo martirio sucedió solos diez días despues que llegó á su partido.

Tambien escribió la vida y martirio de este santo mártir el P. Andrés Perez en su *Historia de las Misiones de Cinaloa*, lib. 4.º, desde el cap. 1X.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO GRAVINA

ENTRESACÓ Dios para operario de su viña al religiosísimo P. Pedro Gravina, desde Italia, de donde era natural, á las remotas naciones de Cinaloa en los reinos de la Nueva España, para que por tiempo de casi treinta años se empleara en cultivar aquella gentilidad, y sembrar en ella, padeciendo inmensos trabajos, la semilla del santo Evangelio, que tanto ha florecido.

Entró ya Sacerdote en la Compañía, dando muy grandes muestras de la fervorosa vocacion con que le llamó nuestro Señor, y resignando totalmente su voluntad en la del Superior.

Echando de ver el Provincial la madura y aventajada virtud del novicio y que estaba tan bien fundada, que era como de quien hubiera vivido muchos años en la religion; con particular mocion del cielo, determinó enviarlo á las misiones de Cinaloa, con sólo un año de noviciado; accion no usada en la Compañía que, despues de dos años de noviciado, suele hacer otras muchas pruebas de sus sujetos, y más para emplearlos en misiones. Pero aquí disponia y obraba Dios, y bien lo confirmó la experiencia y el suceso.

Salió el novicio á ejecutar su obediencia con grande alegría de su corazón y con deseo de emplear toda su vida en doctrinar pobres indios, como lo hizo.

Cuando llegó á las misiones, le pusieron los Superiores por compañero de un Padre que administraba el partido de S. Gregorio de la Sierra que, viéndole novicio, y él por otra parte era religioso de rígida observancia, quiso probarle y experimentar el caudal de virtud, para el empleo á que venia señalado, ocupándolo en los ejercicios más humildes que se ofrecian en casa y fuera de ella, á que acudia el buen Padre novicio con grandes muestras de alegría, presteza y prontitud, añadiéndosele las reprensiones y advertencias que se podian dar al más humilde de un noviciado, las cuales llevaba con grande serenidad de ánimo, sin género de sentimiento y con grande edificacion de todos los que le veian tan rendido y humilde.

Pasó ese tiempo, y encargáronle los Superiores la doctrina de los jiximes, de cuyos caminos ásperos, tierras, montes, quebradas y rios es bien notorio en aquella tierra; por los cuales anduvo caminando y peregrinando casi continuamente; porque el fervor de este siervo de Dios en ayudar los próji-